

PEGAMÍN.

de ZARABANDA

1- CRECER.

Aún no había cumplido 13 años. La familia y los amigos de mis padres decían que me estaba haciendo una mujercita, igual que mi hermana. A mí me parecía de lo más normal: crecía. No experimenté unos cambios drásticos de la noche a la mañana, ni me observé de pronto en el espejo gritando “Dios mío, ¿qué

me ha pasado?" al contemplar mis pechos desbordados. No me impuse un acecho escrupuloso al avance inexorable del vello sobre mi pubis, ni me escandalizaron las nuevas proporciones entre mi cintura y mis caderas. Se desprendía esa muda externa que yo reabsorbía y deslizaba internamente como lava densa por mis recovecos. La metamorfosis me era ajena, no ocupaba un lugar destacado en la lista de prioridades de mi mundo.

2- DESPERTAR.

Cada día, en el camino del colegio a casa, mis compañeras y yo comprábamos en el puesto del señor Andrés rollos de regaliz rojo, chicles, piruletas o pipas, esperando el tiempo de los polos de arroz con leche, que anunciarían el final de curso. Nuestros temas de conversación ya se alejaban de la madre Ángeles y sus problemas de matemáticas, centrándose en el "¿a ti te dejan?".

Empezábamos a fijarnos en los chicos que brotaban en manada del instituto público colindante al nuestro. Ellos, con sus quince o dieciséis años, tenían mejores cosas que hacer que reparar en remilgadas colegialas de las monjas con uniforme y coleta. Pero nosotras recurríamos a algo mucho mejor, todas coleccionábamos fotos y pósters de artistas famosos y guapísimos, la mayoría del cine americano, sin acné ni expresiones burdas. Nos conformábamos con admirarlos, con idolatrarlos como si fueran seres sobrenaturales. Bien, no exactamente. Yo, a veces, cuando estaba sola, les besaba en los labios, como había visto en las películas, preguntándome qué debían hacer con tanto movimiento de boca y lengua. Mis padres no se besaban así.

3- RESPIRAR.

Aquel miércoles ya casi había acabado mi trabajo de Historia y quería presentarlo con una tapa original. Se me ocurrió hacer un *collage* con personajes de distintas épocas que eran absorbidos en espiral por la parte superior de un enorme reloj de arena. Después de saborear con verdadero deleite mi leche con Cola Cao -mojando las galletas María lo justo para no desintegrar su crujido - fui a la papelería a comprar pegamín transparente. “Mamá, ahora vengo”. Esta vez quería un tubo grande, porque los pequeños no daban para nada y se secaban enseguida.

Era una tarde agradable, inmensa, daba pena meterse en casa. No me importó esperar en la atiborrada tienda a que la dependienta explicara las características de los lápices Staedtler, en comparación con los Alpino, a la madre repelente de un niño resignado a no poder opinar. Luego dejé pasar delante de mí a un pequeñajo que parecía tener el baile de San Vito, sospechando que se haría pipí encima si no le atendían en aquel momento. Mientras, me empapé de efluvios de lápiz, cartulinas y gomas de nata; entretuve mis dedos en repasar los relieves de los cromos de girar y a punto estuve de preguntar por las muñecas recortables con sus vestidos, sus zapatitos, sus sombreros... pero me empezaba a dar vergüenza fijarme aún en esas cosas. Hubiera dejado transcurrir unos cuantos minutos más, pero al fin me tocó el turno. Pagué por mi tubo de pegamento lmedio banda azul, no sin abrir previamente la caja de cartón rayada para comprobar su estado immaculado.

Es superior a mí. Tanto del pegamento como de la pasta de dientes, suelo doblar con cuidado el extremo opuesto a la boca del cilindro para extraer la sustancia fluorada, a rayas blancas y verdes, o el líquido transparente, brillante y pegajoso, conservando aquél su aspecto turgente, el tacto liso y abombado,

la contención flamante e impoluta. Al final de sus días, parece conservar su dignidad incluso al caer al cubo de la basura extenuado, redoblado y exprimido hasta la última gota. Ya entonces me contrariaba tener que enmendar el incomprensible trato descuidado propinado por mis hermanos o mi padre. Por mi madre no, ella lo comprendía.

Al fin me dirigí hacia casa con el pegamín en una mano y las vueltas en la otra.

4- VOLVER.

A la vuelta de la papelería todo me era absolutamente familiar, todo excepto la luz, que jugaba al veo-veo con las sombras. Parecía anunciar los juegos infantiles que la primavera despliega en las plazas y los parques.

Reconozco que regresaba caminando con cierta languidez, estirando el tiempo como el chicle Cheiw de fresa ácida que me acababa de introducir en la boca. Por un instante, cerca ya de casa, tuve una sensación extraña. Me giré, sin detenerme, pero al mirar a mi alrededor no descubrí nada anormal, de modo que seguí avanzando por la acera evaluando a conciencia el estado y la geometría de las baldosas.

Vivía en un bloque de viviendas de forma hexagonal y ladrillo visto, como aprendí después que se llamaba, con un patio interior abierto, sembrado de piedrecitas blancas y grises redondeadas. Me gustaba cruzarlo arrastrándolas con los pies. Yo era la corriente que hacía chocar entre sí los cantos de río. Su chascarrillo ascendía hasta mis oídos como música fresca.

Por fin entré en el edificio. Salté los dos escalones del portal y enseguida giré a la izquierda al tiempo que extendía mi mano hacia el botón del ascensor.

No hizo falta pulsarlo, estaba parado allí mismo. “Vaya, qué bien”, pensé. Casi siempre tenía que subir los tres pisos por las escaleras harta de esperar.

5- SÓLO TRES PISOS. COMO SI FUERA AHORA.

Abro con dificultad la pesada puerta con mi mano llena de calderilla. No escucho el golpe de cierre tras de mí. Un “hola” y una figura joven entran en el ascensor. Ya de frente, contesto “hola, ¿a qué piso vas?”. Mi dedo indeciso espera junto a los botones. Su silencio y su mano frenan la mía. Repito más tensa: “¿a qué piso vas?”. Su voz: “Qué bonita eres...” Muy cerca, su respiración, la frialdad ahora del espejo en mi espalda, la presión. El habitáculo cada vez más pequeño, apenas cabe el aire. Esa amenaza enorme inclinada sobre mí, atrapándome como una red tupida, ocupando todos los huecos a cada intento de volatilizarme.

*“¿Qué quieres?, ¿qué haces?, ¿qué te pasa? ¡déjame, por favor!”.
“Tranquila, sólo quiero acariciarte un poco”. “Tengo que ir a casa, mi madre saldrá a buscarme”.*

Su cara... afable, incomprensiblemente tranquila. Yo, en estado de taquicardia. La puerta, tan cerca y tan inaccesible... No lloro, no es el miedo lo que me tiembla dentro, pero el corazón se me sale, grita como el de los pajarillos a los que a veces he curado una pata o dado de comer con una jeringuilla. Me ha elegido, tengo que ser yo. Ahora, aquí, en pleno día, a tres pisos de casa...

6- VERGÜENZA.

Mi mano izquierda lucha contra su derecha, enorme, contundente, que se interna debajo de mi falda plisada de cuadros.

“Déjame”. “Eres tan bonita...tranquila, no te quiero hacer daño”. Y yo no quiero que avance, me muero de vergüenza, nadie se había acercado tanto a mí, así, de este modo. Además, me angustia que se dé cuenta de que tengo la maldita menstruación al notar la compresa tras mi ropa interior.

Consigo protegerme por unos instantes. Al mismo tiempo, mi brazo derecho parapeta el escote de mi blusa beis a modo de escudo. Se pone de mi lado la costumbre, que tanto hace reír a mi hermana, de abrocharme todos los botones excepto el último. Forcejea sin hacerme daño. Me defiende hasta la extenuación.

7- EL SONIDO DE LA SIRENA.

No puedo más. Mi visión es confusa, no escucho sus palabras, me abandonan las fuerzas y en mi cabeza comienzo a escuchar un pitido cada vez más intenso, como el de la cafetera ardiente que avisa en su clímax aromático.

La desesperación se inocula en cada poro y tan sólo deseo dejarme ir, salir de mi cuerpo atrapado y extraño abandonándolo a su inconcebible suerte, escapar como sea, sin culpa, respirar aire limpio, respirar...Flaqueo, me ahogo... “Me gustas mucho, no te asustes”. Me hago un ovillo resbalando por la pared hasta caer al suelo arrinconada.

8- ASCENDER.

Se gira de repente. Yo ya había perdido la noción del tiempo y del lugar, me sorprende escuchar su conversación con alguien al otro lado de la puerta. Quien sea, apenas podrá verme allí encogida. Él mantiene en tensión la plancha gris metalizada evitando que la puedan abrir. Creo que alguien quiere entrar, le pide explicaciones. Noto que su control sobre mí decae para

centrarse en el recién llegado. No puede ser, no me lo creo, sale afuera, hablan...

Se me hacen infinitos los centímetros que debe recorrer la puerta para cerrarse por su propia inercia. Me incorporo y recupero fuerzas para lanzarme como una bala sobre el botón y marcar el tercero. Ese sonido repentino que me impulsa hacia arriba y que no tiene vuelta atrás me sabe a gloria. Llego y abro enseguida para que no pueda reclamar el ascensor. Ante la puerta, me detengo sacudida por unos espasmos acompañados de un quejido agudo y corto que proviene de mí. Llamo al timbre. La transfiguración de la cara de mi madre al verme, de la sonrisa al espanto, actúa como un resorte que me lanza hacia ella. La abrazo y no puede evitar gritarme "¿qué te pasa?, cariño, ¿qué te han hecho?".

9- YA PASÓ.

Curiosamente, no supe explicar cómo era. "Un chico joven, creo, más bien rubio, y alto... con un niqui azul claro" sólo pude decir entre sollozos. Salieron en tropel a buscarlo. Me hicieron mirar desde el balcón de casa por si le veía. No sabía qué buscar.

Respiré aliviada al escuchar que no le habían localizado. Pasé más miedo intuyendo la reacción de mi padre y los vecinos que defendiéndome de su... ¿locura? Le compadecí, elucubré sobre su soledad y su destino, pensé en aquello que decían las monjitas: "las personas no son malas porque sí, tal vez sus vidas han sido muy duras, quizás nunca hayan sentido el calor del cariño, seguramente se encuentran solas". Eso me ayudó entonces, pero le busqué durante mucho tiempo para conseguir comprender mirándole a los ojos.

10-¿POR DÓNDE IBA? ¡AH, SÍ, MI TRABAJO DE HISTORIA!.

Mamá contuvo por un instante su manantial de impotencia y me preguntó sorprendida: “Pero, mi niña,¿qué llevas ahí?”. Sentí dolor al abrir las manos agarrotadas. Las monedas se habían clonado en la piel interior de una de ellas. Sobre la otra, también apretada todo el tiempo, observé con pesadumbre la caja deformada y extraje con dificultad su contenido.

Mi tubo nuevo de pegamento lmedio, tamaño familiar, ahora aplastado, retorcido, desfigurado... ya nunca más volvería a ser el mismo.

11- HOY

Sigo girando perdida en una espiral de personajes que se suceden y relevan a mi alrededor estampando su sordidez sobre mis metáforas aún de adolescente: un beso robado repugnante, piropos amables con sabor a lodo, el chantaje carnal disimulado entre favores, los sobos obscenos en los apretujamientos del vagón del Metro, impunes por la compactación cotidiana de cuerpos de hombres y mujeres en trescientos sesenta grados de acoso y alerta...

Por cierto, entregué sin tapa mi trabajo de historia y la monjita me lo repercutió en la nota.